

Santa Maria, Madre de Dios, ciclo B 1 de enero de 2012

TRES CELEBRACIONES

En estas fechas utilizamos con profusión dos adjetivos, que encierran una fuerza especial desde el punto de vista psicológico: son “último” y “primero”. Ayer, último día, hoy primero del año. Aparentemente el 31 de diciembre y el 1 de enero no se diferencian del resto de las jornadas. Pero psicológicamente arrastran un significado muy especial. El calificativo “primero” mira al futuro, mientras que “último” hunde sus raíces en el pasado, en el recuerdo.

En este primero de enero coinciden tres acontecimientos. En primer lugar, comienzo de un nuevo año; en segundo lugar, jornada mundial de la Paz; en tercer lugar, Maternidad de la Virgen. Aunque la fiesta de la Virgen es para nosotros, como creyentes que somos, la más importante, sin embargo, popularmente se impone la circunstancia de que iniciamos el año 2012.

No hace falta mucha imaginación, ni esforzarse para comprender la oportunidad de esta fiesta mariana a los ocho días del nacimiento de Jesús. Es justo que destaquemos a la madre del niño protagonista de los misterios, que recordamos y revivimos en estas fechas. Título o advocación –el de madre- que más le honra a ella y más nos enorgullece a nosotros. En esto se basa fundamentalmente nuestra devoción y amor a ella. Un detalle interesante: el evangelio dice de la Virgen que “conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón”. Una pincelada que describe la sensibilidad, el modo de ser, el talante de María. No me la imagino chismorreando o haciendo comentarios a la ligera. Pienso que las madres reconstruirán sentimientos, sueños, proyectos y diálogos con el hijo que llevan en su regazo, de modo similar a los que mantuvo la Virgen con Jesús.

Por otro lado, hoy celebramos la Jornada Mundial de la Paz. Celebración que la implantó el Papa Pablo VI en el año 1968. Hace, por tanto, 44 años. Nosotros este año estamos de enhorabuena, pues hace poco más de dos meses, el 20 de octubre, ETA anunció “el cese definitivo de su actividad armada”. No es toda la paz, pero sí una parte muy importante de la paz. La diferencia es muy notable si lo comparamos con el 30 de diciembre de

2006, cuando una bomba reventó uno de los aparcamientos del aeropuerto de Barajas provocando la muerte de dos inmigrantes ecuatorianos. Todavía la paz no está consolidada ni sellada. Falta la desaparición de ETA y quedan varios puntos, asuntos graves que resolver. No es posible pasar página prescindiendo de todo lo que ha sucedido. Todos estamos convocados a seguir trabajando por ella. Sería oportuno que repondiésemos a la pregunta: ¿por qué ha durado tanto ese sufrimiento?. Creo que no todos, pero sí la inmensa mayoría (unos más que otros) hemos sido cobardes y no hemos querido ver lo evidente. Todavía abundan los fanáticos, los que contaminan la convivencia por su tozudez.

Hoy estrenamos calendario. Se nos ha ido un pedazo significativo de tiempo: 365 días. El tiempo tiene mucho de misterioso. No se le valora de la misma manera cuando alguien ha cumplido 15 o 45 o 65. El de 15 años solo quiere llegar a los 18, el de 45 teme perder el puesto de trabajo y el de 65 se enfrenta a un nuevo escenario. El cambio de calendario agita muchos de nuestros sentimientos porque la vida no “sigue igual”.

Mirando al nuevo año nos deseamos muchas cosas buenas. Sobre todo de tipo material. Sin embargo, necesitamos también de otros valores, por ejemplo, de la esperanza. Ahora que los expertos nos anuncian tiempos difíciles. De otras hemos salido, ¿por qué no vamos a superar esta encrucijada?. Últimamente utilizamos menos el adjetivo “auténtico”: aquel que cumple lo que promete y lo que dice. Bramamos contra la corrupción, pero la del prójimo. Si hubiéramos sido diligentes en pagar los impuestos, en evitar el fraude fiscal, no hubiéramos caído en la actual crisis. Condenamos sin paliativos si hay un mal rollo con la vecina y pasamos por alto el que alguien no pague los impuestos. No se trata de que aprobemos lo primero, sino de que nos demos cuenta que la justicia social es, hoy en día, parte esencial del comportamiento cristiano.

Dejemos un espacio a la nostalgia. Pero no mucho. Un proverbio dice que “el pesimista se queja del viento; el optimista espera que cambie; el realista ajusta las velas”. Nos encantan las grandes frases, las parrafadas brillantes, sobre todo, cuando van dirigidas contra los otros. Sin

embargo, lo eficaz es la honestidad, el trabajo bien hecho, sin aspavientos. Urte berrion. Feliz año nuevo.

Josetxu Canibe